

CAPÍTULO IV.

Corta duracion de la literatura romana. — Nueva época bajo el reinado de Adriano. — Influencia de las opiniones orientales sobre la filosofía del Occidente. — Documentos mosaicos. — Poesía de los Hebreos. — Religión de los Persas. — Idea de la Biblia. — Carácter del Antiguo Testamento.

SE ve, por el escaso número de escritores distinguidos que ha poseído la lengua latina en comparacion á las riquezas de la Grecia sobre el particular, y por el corto espacio de tiempo durante el cual florecieron las artes y la civilizacion de los Romanos, que la literatura y la filosofía eran en Roma plantas enteramente exóticas.

Hubo con todo en ella traducciones del griego, algunos poetas, algunos escritores originales, desde que los Escipiones favorecieron la literatura griega, y desde que Caton el Antiguo, queriendo defender el modo de pensar de los primitivos Romanos contra las invasiones del genio ático; hizo, de la historia, de las costumbres y de la lengua de los antepasados, el objeto de sus investigaciones: mas tarde, Ennio aplicó, si bien de un modo limitado, el arte y la poesía de los Griegos á asuntos de Roma, y fundó la antigua escuela poética de los Romanos. Pero si, para que una literatura sea floreciente, se exige algo mas que semejantes ensayos, algo mas

que semejantes obras aisladas, las cuales obran muchas veces en sentido opuesto; si es preciso además, cierta trabazon y unidad; que la lengua haya recibido una forma mas regular y mas segura, particularmente en la prosa; que por medio de la enseñanza haya como una tradicion continua y una propagacion general de todos los conocimientos que tienen por objeto la lengua, las artes de la palabra y una civilizacion mas elevada; debemos decir entonces que la literatura romana no empieza hasta Ciceron, el hombre que ha contribuido quizas mas á crearla. Hasta su tiempo, la enseñanza del arte oratoria y de las otras partes de los conocimientos humanos habia sido desempeñada enteramente en griego; con libros griegos y en lengua griega: solo con Ciceron empezó un sistema de enseñanza público y científico en lengua latina, siendo él el primero que lo aplicó, con un éxito extraordinario, á asuntos filosóficos y á la teoría de la elocuencia. No tan solo dió una estension inmensa á la lengua romana, si que tambien la fijó de un modo mas sólido; y despues de él, César y principalmente Varron, cooperaron á fijarla todavía mas por sus obras. Los dos han tenido, junto con Ciceron, la parte mas activa en la formacion de la literatura romana propiamente dicha; César, favoreciendo la instruccion como orador, y luego por sus esfuerzos para fundar y derramar un conocimiento científico de la lengua cuyos secretos poseia tan bien, y para darle una forma marcada y una grande precision, á fin de que su fuerza natural pudiese tener efectos mas seguros y eficaces. Por sus eruditas investigaciones, por sus conocimientos hi-

bliográficos, filológicos y arqueológicos, Varron es el que, despues de Ciceron y César, ha contribuido mas á hacer de aquel tiempo la verdadera época floreciente de la literatura romana. En el capítulo anterior, he bosquejado rápidamente el cuadro de los escritores mas distinguidos hasta Trajano. Puede considerarse el panegírico de este emperador, por Plinio el Joven, como la última obra de los tiempos todavía florecientes del genio romano : en este asunto, que era tan digno de ella, la elocuencia romana parece que se levanta por un momento con toda su energía y toda su belleza primitivas, pero para volver á caer bien pronto á mayor profundidad aun que de donde se habia levantado; y los numerosos panegíricos que aparecieron mas tarde, á imitacion del de Plinio, bajo el reinado de los indignos sucesores de Trajano, prueban evidentemente que siempre fué en aumento su debilidad.

Así es que la época clásica de la literatura romana, desde el consulado de Ciceron hasta la muerte de Trajano, solo duró ciento ochenta años. Tambien fué durante este período cuando se vieron los primeros desarrollos científicos de la jurisprudencia, de este arte práctico en el cual los Romanos poseian tantas riquezas enteramente propias. Ciceron y César fueron los primeros que pensaron reunir y coordinar en un solo cuerpo la inmensa cantidad de leyes romanas : bajo Augusto y sus sucesores, viéronse formar las dos sectas de juriconsultos, que decidian, ó segun la equidad, ó segun el derecho estricto; y bajo Adriano realizóse el pensamiento de César y de Ciceron por la nueva re-

daccion de un cuerpo de derecho completo bajo el nombre de Edicto perpetuo.

Con Adriano empieza una época enteramente nueva, no solo en los principios políticos, si que tambien en la civilizacion; la lengua y la literatura griegas volvieron á recobrar insensiblemente sus derechos naturales, manteniendo su superioridad y estendiendo cada dia mas su dominacion intelectual sobre el universo civilizado sometido al poder de los Césares.

Mientras que los escritores romanos de alguna importancia se hacen cada dia mas raros despues del reinado de Trajano, y aparecen sino nulos, á lo menos poco interesantes si los comparamos con los escritores anteriores, dejando luego hasta de manifestarse; descúbrese en la literatura y en la filosofia griegas, una vida enteramente nueva y una actividad intelectual general; brillante reflejo de la civilizacion griega, que en la esposicion y en el lenguaje, no es indigna de la de los antiguos tiempos, que solo rara vez llega á serle inferior, y que en todo sobrepuja á la del período que inmediatamente la precede. A la verdad, los Griegos de aquella época no han producido, al parecer, nada de nuevo, ó á lo menos de notable en la poesia; pero sin embargo estudiaron con el mayor ardor la filosofia y la elocuencia, que en los antiguos tiempos áticos estaban enteramente separadas y se consideraban aun como enemigas, procurando al mismo tiempo enlazarlas con la mayor intimidad posible. La esposicion de la filosofia, segun el antiguo método de Sócrates, cual la encontramos en los diálogos de Platon, no era ya á propósito

ni bajo el aspecto del espíritu ni bajo el de la lengua; las costumbres y todo el género de vida que suponían eran harto diferentes para que pudiese emplearse esta forma con éxito feliz y para que se viese acogida favorablemente. La precisión científica de Aristóteles no convenía de ningún modo á la generalidad. Créase pues un nuevo método enteramente oratorio para tratar asuntos científicos, el cual estuvo principalmente en uso desde Adriano y los Antoninos hasta el reinado del emperador Juliano; produciendo durante esos tiempos una multitud de escritores notables. Aquí encontramos comprobada aquella observación general, que los Griegos han sido, á la verdad, grandes y creadores en poesía, en ciertas épocas y en ciertos intervalos; pero que la retórica es verdaderamente el arte que parece haber sido como innato entre ellos, el que les fué siempre peculiar, desde los mas remotos tiempos hasta los mas cercanos á nosotros; y el que mas de una vez volvió á aparecer bajo una nueva forma, á pesar de todas las revoluciones sobrevenidas en las costumbres y en las instituciones.

Entre el gran número de escritores de este último período de la antigua literatura griega, que solo nos son importantes como manantiales históricos, ó en cuanto remplazan bajo cierto aspecto á otras obras que sirvieron de base á sus escritos, hay sin embargo algunos de un mérito mas general. El primero de ellos es Plutarco, cuyas biografías, á pesar de todos los defectos de estilo y de juicio que en ellas se descubren, han transmitido con todo á la posteridad un verdadero tesoro de conocimientos morales, que tiene aun para nosotros

un valor inmenso: su estilo es pesado y á veces confuso; es preciso escoger entre las numerosas observaciones personales que añade á la historia de sus héroes, pues se encuentran un gran número faltas de exactitud y conformidad: pero siempre se echa de ver en ellas un hombre animado de los mas puros sentimientos, y que, habiéndose apropiado moralmente todas las riquezas de los tiempos clásicos y florecientes de la antigüedad, la conoce á fondo. Luciano nos confirma tambien que en aquella época no se habia olvidado aun enteramente el arte de escribir, y que el genio y el espíritu áticos no estaban apagados todavía. Tiene un mérito superior, como escritor, en el género de la sátira filosófica; y como á pintor de las costumbres de su tiempo, no reconoce rival. En la historia, merece Arriano ser denominado el mejor historiador de Alejandro, y ser comparado á Jenofonte, á causa de su estilo á la vez elocuente y sencillo. Marco Aurelio ocupa en la historia de la humanidad un lugar sobrado grande y distinguido, para que las meditaciones estoicas que este príncipe, el último de los Césares grandes y virtuosos, escribió en aquella misma época en lengua griega, no sean consideradas como una aparición notable en la literatura, y no atraigan nuestras miradas. Herodiano ha escrito la historia de los indignos sucesores de Marco Aurelio, en un estilo que no era de esperar verdaderamente de aquel siglo.

Antonino Pio habia ya confiado la enseñanza en el Imperio romano á un gran número de filósofos griegos de sectas diferentes, y hecho entrar al servicio del Es-

tado á esta importante clase de hombres. La filosofía, sobre todo la de los Estoicos, debió entonces servir de apoyo al edificio de las creencias populares, que se desplomaba por todas partes, y aun hacer sus veces. Luciano nos demuestra cuanto se habia debilitado la creencia en los antiguos dioses, y cuan generalmente derramados estaban entonces el escepticismo y la incredulidad en el imperio romano; mientras que el escritor de la antigüedad que ha tratado de la filosofía escéptica del modo mas completo, Sexto Empírico, el cual vivió igualmente en aquella época, es otra prueba de la fermentacion general de los espíritus y de la nueva actividad con que se emprendieron investigaciones de todo género. Luciano nos manifiesta tambien en su ingenioso cuadro de costumbres, cuan generalmente dominaba en aquel siglo la disposicion al éstasis; porqué las antiguas creencias populares, que eran en su mayor parte puramente poéticas, perdiéndose insensiblemente, hacian mas y mas lugar á una especie de supersticion científica, á opiniones astrológicas, á un gusto decidido por las artes mágicas; lo cual contribuian á derramar por todas partes no solo el poderoso influjo de las sociedades ó cofradías secretas, sino el proceder de los filósofos que enunciaban públicamente esas ideas en sus escritos y en sus lecciones orales. La influencia de las opiniones de los pueblos del Oriente, de su sistema de cosmogonía, de su doctrina sobre la existencia de espíritus superiores, se hizo cada dia mas general, y estas opiniones trajeron consigo, prescindiendo de los manantiales puros y antiguos de la verdad, una multitud

de visiones demasiado estáticas y profundas para que el Occidente, mas jóven y mas frio, pudiese jamas concebir é imitar otras semejantes. Descúbreanse aun, en el gusto enteramente egipcio de la escultura renaciente bajo el reinado de Adriano, los vestigios de esta tendencia comun en acercarse al genio oriental. Plutarco, aunque haya seguido las huellas de Platon, nos ofrece ya la filosofía platónica bajo esa forma mas moderna en que empezaba á recoger todo lo que quedaba aun de la doctrina que Pitágoras habia tomado del Egipto, ó que se atribuia á este filósofo; y á acercarse cada dia mas á las tradiciones y doctrinas antiguas del Oriente, de las cuales por otra parte debia haber tomado algo el mismo Platon.

Al cabo de poco tiempo esta nueva filosofía platónica dominó sola; y las demas sectas, como la de los Escépticos, la de Epicuro, y aun la de los Estoicos desaparecieron. Sin embargo, un gran número de opiniones de los Estoicos pasaron á esa filosofía griega que todo lo absorvia en aquella época, y que, á causa del elemento que domina en ella, ha recibido el nombre de neoplatonismo; esta fué la filosofía que durante tanto tiempo luchó contra el cristianismo con todas las fuerzas del espíritu, y que bajo el reinado del emperador Juliano, esperó por un momento triunfar de él, y conservar al mismo tiempo las antiguas creencias populares, dándoles como una nueva vida por el sentido mas elevado que les comunicaba.

Esta lucha entre el cristianismo y la filosofía pagana, entre la antigua teogonía y la nueva creencia, entre una

mitología poética y una religion moral; lucha intelectual la mas memorable que jamas haya ofrecido la humanidad, es no solo en la historia del universo el muro de separacion entre dos mundos que se tocan, la antigüedad que va á acabarse, y los tiempos modernos que van á principiarse; si que tambien para la historia de la cultura y del desarrollo del espíritu, el centro y el eje general sobre el cual todo se mueve, y de donde emana toda luz. Para evidenciar esta proposicion cual conviene á una historia de la literatura, considerada esta segun su influencia sobre el destino de las naciones y de la humanidad entera, y no como un simple estudio de la lengua, como un frívolo exámen del arte; preciso es entregarse todavía á algunas consideraciones sobre el espíritu particular de esta filosofía griega, sobre el lugar que ocupan en la historia del espíritu humano las doctrinas mosaicas y cristianas, y presentar en pocas palabras un bosquejo de las otras tradiciones verdaderas que han tenido algunas relaciones con las tradiciones mosaicas y cristianas, y que fueron en parte para los Griegos, el mas antiguo manantial de los conocimientos elevados.

Todavía se nos ofrecerá mas de una vez ocasion de trazar un brillante cuadro de cuanto tiene de atractivo y halagüeño para la imaginacion el genio inventivo de los hombres, en las riquezas casi incalculables de la poesía, y del encanto admirable que los progresos del arte ofrecen igualmente al espíritu; pero ahora es preciso que fijemos toda nuestra atencion en este punto, designado por una curiosidad inevitable y casi necesaria

como el centro de toda la cultura y de toda la historia del espíritu humano.

Platon y Aristóteles fueron los genios mas grandes de su nacion; y aun puede decirse que sus nombres recuerdan al espíritu el conjunto completo de todos los conocimientos griegos. Platon consideraba la filosofía enteramente como un arte; Aristóteles, por el contrario, como una ciencia: en el primero, vemos la razon en la calma de la contemplacion y en la admiracion contemplativa de la perfeccion suprema, mientras que Aristóteles por el contrario, concebía la razon en su accion, no solo como la fuerza motriz de todo pensamiento y de toda existencia humana, si que tambien como el principio y fundamento espiritual de toda la actividad de la naturaleza y de sus diversos fenómenos. Platon es la cumbre del arte griego; Aristóteles, el conjunto de las ciencias griegas.

Cuando Platon impugna á los sofistas y les persigue en sus errores, es no solo sutil, sino lleno de argucias; y muchas veces aun, en medio de la delizadeza ática, de la sublimidad de sus pensamientos y de la admirable claridad de su estilo, degenera de repente en oscuro y sofistico, como la doctrina que combate. Sin embargo la idea fundamental de su filosofía es clara y fácil de concebir: segun Platon, el hombre ha conservado, como consecuencia de una existencia primitiva, infinitamente mas deliciosa y mas espiritual que la de este mundo, el vago recuerdo de una perfeccion divina. Este recuerdo de Dios, innato en el hombre, no es ni una contemplacion ni una claridad perfectas; porqué este mundo

físico, que es en sí mismo imperfecto y sujeto á mudanzas, nos llena de ideas imperfectas, inestables y oscuras, ofuscando así esta luz original. Con todo, siempre que en el mundo físico y en la naturaleza se presenta algo parecido á Dios, una imágen de la perfeccion suprema, este antiguo recuerdo se despierta. El amor de lo bello llena y anima al que se entrega á la contemplacion, de una admiracion que no tiene por objeto lo bello mismo, ó á lo menos su aparicion sensible, sino el arquetipo invisible. De esta admiracion, de este recuerdo que se despierta en nosotros, de este entusiasmo que nos coge súbitamente, dimanar toda verdad y todo conocimiento elevado; los cuales no son por consiguiente el fruto de la fria reflexion dirigida segun el capricho del arte, ya que están en una esfera superior á la voluntad de la fria reflexion y del arte aislado, y son por decirlo así comunicados al hombre por una inspiracion divina.

Se ve que Platon adopta, para el conocimiento de Dios y de las cosas divinas, un origen mas alto y sobrenatural; tal es en efecto el carácter distintivo de su doctrina. La parte dialéctica de sus obras no es mas que la parte negativa, en la cual refuta el error con infinito arte, ó nos conduce paso á paso, con un arte todavía mayor, y que nadie ha podido alcanzar, hasta el vestibulo de la verdad. Pero cuando quiere descubrir esta verdad en la parte positiva de su doctrina, habla entonces á modo de los Orientales, por símbolos y alegorías, y como si espermentase una inspiracion poética, conforme con ese principio de un origen mas

elevado de conocimientos, del entusiasmo, de la inspiracion ó de la revelacion. No puede sin embargo negarse que su filosofia ha quedado imperfecta, y que no ha dado á sus ideas una claridad y precision completas: esto se ve principalmente en su filosofia, por la discordancia entre la razon y el amor ó la inspiracion, que no ha explicado enteramente. Cuando habla del amor de lo bello y del entusiasmo divino que se apodera del hombre, y cuando reconoce espresamente que las emociones, de donde hace derivar todas las verdades elevadas, arrastran el espíritu mucho mas allá de los límites de la fria reflexion y de la tranquila razon, y encierran algo demasiado sublime para que esta pueda alcanzarlo jamas, parece que adopta y supone ideas mas vivas y mas profundas de la Divinidad y de sus perfecciones; mientras que, donde tan solo es dialéctico, cae frecuentemente en las ideas ordinarias de una unidad inmutable y absoluta de la razon, como colmo de la perfeccion. Es muy probable que se vió atado, sobre el particular, por la influencia y la autoridad de los antiguos filósofos. Su doctrina permaneció por otra parte en el estado de imperfeccion en que la dejó, no haciendo derivar las verdades divinas sino de reminiscencias, y no espresándola sino por símbolos. Ella no fué para la Grecia, mas que el recuerdo de la antigua filosofia asiática, mas que el presentimiento imperfecto del cristianismo, rodeados de toda la belleza y de todo el arte de la civilizacion ática y de la filosofia de Sócrates.

Esta filosofia le sirvió, bajo cierto aspecto, de pre-

servativo contra la extravagancia de las visiones; siendo de la misma utilidad para los sucesores inmediatos que tuvo en Atenas, á quienes el sentimiento de la imperfeccion de su filosofia condujo por el contrario á la duda y al escepticismo. Sin embargo esta tendencia á la vision, que se desenvolvió tan poderosamente entre sus sucesores, tenia su fundamento en su modo de pensar y en sus principios.

El reconocimiento de un origen de verdad mas alto y sobrenatural, indeterminado, cual él lo concebía y se lo representaba, como un recuerdo oscuro, un entusiasmo y una inspiracion mas alta, que arrastra al hombre mas allá de los límites de la razon; conduce necesariamente á esta falsa senda, mientras no se le agregue algo mas sólido, á fin de hacer de este presentimiento vacilante é incierto de la verdad, una conviccion clara y precisa para la razon, una creencia evidente para la vida; mientras no se nos haya dado la palabra divina por la cual se explica el enigma de la eternidad, y que hace distinguir la revelacion verdadera de la falsa inspiracion.

Si los sucesores de Platon procuraron, con la ayuda de ideas y de tradiciones orientales, completar su doctrina, que habia quedado imperfecta, debe decirse en verdad que el modo segun el cual procedieron hirió á menudo la civilizacion ática y el genio socrático de Platon; pero no estuvo en contradiccion con su misma filosofia, ni con el principio reconocido de un origen de conocimientos superiores: pues todas las nociones científicas y todas las tradiciones orientales descansa-

ban tambien mas ó menos sobre este mismo principio.

El pensamiento principal de Aristóteles no puede aclararse tan bien, á causa de lo ininteligible que es; de lo que se quejaban, desde los mas remotos tiempos, sus mas fieles partidarios. Sin embargo el resultado concierne al espíritu de su filosofia puede explicarse claramente, y coincide muy bien con esta falta de claridad generalmente reconocida y vituperada. Pero ¿como puede ser que este gran genio, dueño á la vez de la lengua y del pensamiento, el observador mas penetrante y el juez mas hábil en el dominio de la esperiencia, verdadero inventor de la lógica, ó á lo menos el primero que haya reducido á sistema y sometido á principios ciertos la dialéctica, responda sin embargo de un modo tan completamente oscuro, tan ininteligible y tan poco satisfactorio, á las importantes y elevadas cuestiones del destino y del origen del hombre, de Dios y del universo? Esto proviene de que solo admite, como origen de nuestros conocimientos, la razon y la esperiencia, y de que no estaba satisfecho de ese origen mas elevado de los mismos, indicado por Platon, ó de que lo encontraba por lo menos muy poco científico. Esforzóse en unir la razon y la esperiencia por toda clase de ideas intermedias; y este método le gustaba en general de tal modo, que hasta no buscaba la virtud sino huyendo de los extremos, pretendiendo que era el punto intermedio entre dos defectos opuestos. A fin de evitar en sus consideraciones científicas sobre el mundo exterior, la antigua discusion relativa á la idea del Eterno que no está sujeto á ningun cambio

y á la mutabilidad continua de todas las cosas, mutabilidad que se manifiesta por la esperiencia, recurrió á una solucion semejante. La causa primera y divina de todo movimiento, dice, es en sí misma inmóvil; solo nuestro mundo sublunar está sujeto á un cambio y á un movimiento perpetuos: entre estos dos extremos colocaba el cielo sidéreo, que no tiene á la verdad en sí mismo la causa de su movimiento, pero que está mas cercano á la causa primera y divina, porque su movimiento circular es perfecto y eterno. Del mismo modo, á fin de llenar el abismo inmenso que separa la sensibilidad de la razon, colocaba entre ellas la nocion de una razon pasiva, de un sentido comun objetivo. Todo esto puede ser admirado en cuanto revela un espíritu inventivo y dotado de una gran sagacidad, aunque semejante sistema esté lejos de ser completamente satisfactorio. Este método puede aun conducir á resultados muy felices, cuando se trata de comprender en su conjunto un asunto particular tal cual se presenta, y considerarlo bajo todos aspectos; pero ni la razon ni la esperiencia pueden dar una solucion satisfactoria á esas elevadas cuestiones que el hombre no debe jamas perder de vista, y que tienen por objeto su destino y la divinidad; el modo con qué debe entenderse y esplicarse el enigma del mundo, como tambien todas las existencias y su causa primera. La sola esperiencia física únicamente conduce á la denegacion y á la incredulidad: la razon se extravía y no puede responder sino por proposiciones ininteligibles á esas cuestiones, que son sin embargo tan sencillas é inevitables. Esta observacion

se aplica particularmente á Aristóteles, cuya filosofia flota entre un idealismo sin base y el sistema de la esperiencia; pero si se consideran la mayor parte de sus obras y de sus investigaciones, principalmente en el dominio de la historia natural ó de la vida, la última al parecer prevalece, y Aristóteles se nos presenta como el caudillo de todo el empirismo de la antigüedad, no tan solo por la estension de sus conocimientos, si que tambien por su método de investigacion y por los principios sobre que se funda. Pero la nocion fundamental de toda su filosofia es incontestablemente la nocion ideal de la actividad, determinándose por sí misma, ó de la entelequia; ahora bien, si en vez de darnos de todo una percepcion mas elevada y mas viva, no nos presenta sino observaciones aisladas sobre objetos individuales, y si cuando podria considerar este conjunto y sus causas primeras, no nos da sino fórmulas vacías de sentido, y simples abstracciones sobre la esencia de las cosas; lo mismo sucede con todos los que han seguido su misma senda, y que han pretendido derivarlo todo del *yo*, de la razon ó de la esperiencia, sin querer admitir un origen de conocimientos mas alto, ni una revelacion divina de la verdad.

¡Y cuan inmenso es el número de los que, en filosofia, han recorrido el mismo sendero que Aristóteles, ó un sendero parecido! Él no tenia ciertamente, mas que un pequeño número de partidarios en la antigüedad; pero llegó luego una época en que una multitud de discípulos aprobaron sus doctrinas en las diversas cátedras de Oriente y de Occidente, sin comprender á